



POR BALTIMORE

BALTIMORE, en mis recuerdos de infancia (mi padre tenía una cariñosa afición por esta ciudad y hablaba mucho de ella) era una especie de Venecia, pero en un plano inclinado; y aunque esto resulta un modo muy singular de ser Venecia, así me lo figuraba, con sus calles abigarradas y estrechas surcadas, en vez de góndolas, por navíos de alto bordo que, mediante el juego constante de las esclusas, subían y bajaban por aquellas laderas coronadas de árboles y estriadas de amplios canales de cristal vivo. No es esto Baltimore, es otra cosa; mas esa otra cosa es muy simpática y muy interesante. No á primera vista, por el lado del ferrocarril Baltimore-Ohio, el B. O., como aquí se dice: una gran mancha rojiza que, á medida que está más cercana, se divide en muchas otras como coágulos, que al cabo toman la forma de altísimos bloques de casas perfectamente iguales y perfectamente feas, esta es la impresión al llegar. Cuando desembarcamos era de noche; los reverberos eléctricos encendían en la sombra su constelación de astros efímeros, admirablemente regular y triste. La ciudad se había vuelto

negra bajo su gran velo de luz blanca, y muda y silente hasta provocar las lágrimas; era domingo, y los domingos anglo-sajones, hijos de los sábados judíos, no son fiestas del nuevo testamento, sino del viejo. Los colmenares del trabajo humano enviudan de sus abejas zumbadoras; todo rumor calla y la ciudad protestante reza en voz alta y se emborracha en voz baja; pero aun en las cantinas la cerveza se bebe con religiosa unción.

Nos alojamos en un inmenso hotel, y una vez lavados, acpillados y *planchados*, salimos á vagar por esas calles de Dios: desiertas y bien iluminadas unas, otras oscuras; éstas eran las más simpáticas; en la obscuridad suelen tomar los brutales edificios que de día aplastan con sus moles al que los contempla, no sé qué de ligero y fantástico é impalpable como la sombra. Parecen (¿lo he dicho ya?) ilustraciones del *Infierno* del Dante, de Gustavo Doré; lo nuevo y lo crudo se desvanece y la noche les da un pasado, una historia, una leyenda casi; vamos, los pierde en la noche del tiempo. Parecen torres babélicas ó palacios-fortalezas italianas medioevales, infladas por el soplo de Miguel Angel.

En aquel torreón redondo, altísimo, de raíces de granito, de almenas negras, incrustadas acá y allá, de ventanas que semejan enormes gemas fulgurantes, deben realizarse espléndidos y frenéticos dramas de amor y odio, de pasión y muerte. De esa cornisa va á colgar la escala de Romeo; junto á esa ventana de fierro devora Ugolino á sus hijuelos; el-frú frú de los besos de Paolo y de Francesca, se escucha por aquella claraboya; allá arriba se balancea la jaula de hierro en que agoniza Napoleón de la Torre, y sobre la plataforma desafía á los verdugos de sus hijos Catarina Sforza, mostrándoles, con impudor soberano, el fecundo vientre. La verdad es que todo esto se ve ahí: no hay más que quererlo ver; si no se quiere, entonces puede uno imaginar que abajo hay un restaurant y arriba una serie de departamentos en que los buenos yankees atiborrados de *cotkails* dominicales, duermen un sueño muy distinto de las vigiliassublimes de los grandes pecadores italianos.

*

Quería yo ir no muy lejos de la calle de Calvert, en que estaba nuestro hotel, á la de Lafayette, donde se ve el sepulcro de Edgar Poe, en un jardín á flor de calle. El nombre de este fantasista maravilloso, que hizo arder su genio como la mecha de una lámpara de alcohol, explicará á muchos el estado de ánimo que me obligaba á convertir en una ciudad siniestra y lívida la honrada ciudad fundada por Lord Baltimore, hace cerca de doscientos años, en el estuario del Patapsco, en la tierra de la Reina María Enriqueta, mujer de Carlos I, es decir, en la *Maryland*. ¡Ay! cuán triste nos pareció aquella noche puritana; las aceras largas, largas, corrían ante nosotros monótonamente tableadas por los reflejos de los grandes aparadores iluminados, que espejaban en el gris de las piedras humedecidas por una llovizna fría como prédica protestante. Por ellas nos lanzamos; pero pareciendo á mi compañero demasiado lejano é incierto el objeto de mi fúnebre visita, emprendimos la vuelta por una calle paralela, vimos un solitario mercado, continuamos escudriñando escaparates repletos de telas muy ricas unos, de objetos muy vulgares otros, de zapatos aquí, de ropa hecha allá, de muebles finos acullá.

Música, canto, ¡oh dicha! Entramos. Era un templo, es decir, un salón protestante, una reunión dominical de *metodistas*. En el fondo un estrado, en el estrado una tribuna, en la tribuna una Biblia, en la Biblia un hombre (esta es una figura), y en el hombre un par de buenos bigotes negros y lustrosos como esarpines de charol. Muchas bancas, muchas señoras en las bancas, junto de la entrada un órgano y unas jóvenes, ó por lo menos unas voces jóvenes que cantaban cuando el señor de los bigotes no predicaba.

Tomamos un cómodo asiento: nadie se fijó en nosotros. Mi amigo y allegado Genaro Fernández, compañero de excursión que había aprendido el inglés en el viaje y que lo hablaba ya como castellano, se indignaba, á fuer de católico sin reservas, de

que un protestante hablase tan bien de la caridad cristiana. Cuando llegó la hora de la *cuesta*, su conciencia religiosa lo obligó á salir y á mí trás él. ¡Ay! entonces sí nos vieron todos, y creo que nos vieron mal.

*

Llevaba en mi cartera excelentes recomendaciones para el arzobispo Gibbons. Este hombre, grande de alma y de cuerpo grande, por su candor de lirio evangélico, por su fe en Cristo y en la democracia, este *Embajador de Dios* (así intitula un libro en que exalta la misión social del sacerdocio católico), ejercía sobre mi espíritu de hombre emancipado, pero nacido y crecido á la sombra del altar, un soberano influjo: Gibbons y Ireland, las dos columnas magnas del catolicismo anglo-americano, son personalidades apasionantes. Sus contornos hieráticos, pero luminosos, destacándose en la inmensa mancha de sombra de la irreligiosidad de nuestro tiempo, parecen prefigurar al misionero del porvenir, al hombre de concordia, de caridad y de pueblo (déjeseme decirlo así), destinado á resucitar la religión, limpiándola del parasitismo gigantesco de la superstición y de la nimia y micróbica devoción que no es más que una forma de la irreligiosidad, y encendiendo en las almas muertas un calor de amor hacia el supremo ideal de justicia simbolizado en la cruz y que será lo único (yo no veo otro), será lo único que podrá convertir en unánime *sursum* el terrible choque de los grupos humanos en el siglo que llega.

Todo esto pensaba, mientras me vestía muy temprano para hacer una matinal visita al ilustre cardenal. La simpática solicitud de Ireland por la enseñanza laica, la de este señor Gibbons, que, al recibir el capelo, declaraba en su iglesia titular en Roma misma, que el evangelio y la constitución de los Estados Unidos eran los dos libros más santos que había visto la humanidad; su benevolencia hacia las sociedades de trabajadores (aún las secretas), y la serenidad de su actitud augusta, casi divina, en el congreso de las religiones de Chicago, invitando á cató-

licos, protestantes, judíos, mahometanos y budistas, á dirigir á Dios una plegaria humana, la oración dominical, que todos oyeron y repitieron con unción profunda, me atraían hacia el prelado. ¡Qué distinto es esto de lo que estamos acostumbrados á ver y á oír; cuán distante—parece la distancia de un mundo á otro—es esta conducta, de la estrechez de miras, del formalismo, de la impotencia absoluta para ponerse de veras en contacto con las entrañas de la sociedad moderna y fecundarlas con el verbo de Cristo, que advertimos, en nuestra nación, en los doctos y virtuosos, pero ensimismados é incurablemente rutineros jefes de la Iglesia de nuestro país!

¡Oh! mi mala estrella! Nos encaminamos hacia la catedral, y á espaldas de aquel grandote é insignificante edificio, subimos una escalinata, llamamos á una puertecita, entramos, invitados por un sirviente, en una modesta pieza de recibo, y allí un secretario nos manifestó que el día anterior, en un tren nocturno, monseñor Gibbons había salido para una población lejana con objeto de consagrar á un obispo.

Muy compungido puse en manos del joven levita, que nos había cortesmente recibido, la carta del señor Romero y la de una de las católicas más eminentes de Nueva York, y después de habernos expresado la contrariedad que el Cardenal experimentaría, pues ya esperaba la visita, aunque ignoraba cuándo se verificaría, nos hizo prometerle que volveríamos á los cinco ó seis días; como buenos mexicanos prometimos, por mortificación, lo que sabíamos que no nos sería dado cumplir.

Decidimos visitar la catedral, de feos torres, que teníamos bien cerca. Mientras pensaba en Gibbons (y pensé en él desde que llegué á Baltimore), se mantuvo fuera de foco en mi cerebro, pero frente á mí, otra figura de arzobispo de Baltimore que me era muy simpática y que es curiosísima; me refiero al célebre dominico mexicano Fray Servando Teresa de Mier; tan erudito, aunque su erudición resulta á veces indigesta; tan inteligente, aunque falta con frecuencia á su inteligencia el lastre del juicio; de un carácter tan bien templado, aunque sin serenidad,

este personaje es el protagonista por todo extremo interesante y singular de una historia cómico-trágica que parece obra de un novelador de imaginación exaltada.

Era por temperamento un inquieto y un emancipado este señor; las reglas de su orden, las tradiciones piadosas de la Iglesia nacional, las máximas ultramontanas de la curia romana, todo le era una cadena que, más ó menos disimuladamente, trató de romper. Y estrelló su espíritu, sin rendirse ni abatirse, contra las paredes del calabozo teológico, social y político de su época; pasó del púlpito, en que puso la mano sobre la leyenda de la aparición guadalupana, á las prisiones inquisitoriales, y así empezó el drama de su vida. Prisionero en España, Cura en París, en tiempo del Consulado, observador irónico en Roma, conspirador negociante en Baltimore, compañero de Mina, prisionero de guerra en Soto la Marina, evadido de todas sus prisiones, fugitivo en todos los países, republicano impertérrito frente á Iturbide, adversario profético de la federación pura en 23, y después de muerto, llevado en forma de momia quién sabe por quién, quién sabe á dónde, la vida de Fray Servando tiene todo el atractivo de una novela cómico-heroica.

Pensaba en él porque quería saber de Monseñor Gibbons, en cuál título se fundaba nuestro compatriota para llamarse en ocasión solemne (cuando invitó para su entierro), arzobispo de Baltimore. Quedeme con mi duda.

*

La catedral es, como decoración y monumento, cualquier cosa; interesante por extremo, sin embargo.

Desnuda y fría, en su amplitud severa, las alas de su crucero están constituídas por dos capillas con sendos órganos. El altar mayor, pobrísimo de ornamentación y estilo, nada dice á mis recuerdos; á la derecha estaba el trono de su eminencia el cardenal arzobispo, compuesto de un sitial feo y casi ridículo y de un dosel con el *capelo* bordado en el fondo rojo. Sobre las ban-

cas que llenaban toda la nave, había multitud de papeles impresos; tomé uno: era la letra de un himno en honor de la Virgen.

Cuando entramos no había nadie; la luz fría que se colaba por los vastos *ventanales* hacía más triste todo aquello; una anciana negra, sacristán mayor de la catedral, sin duda, quitaba algunos floreros y lampadarios del altar mayor, restos de la fiesta que en honor de María se había celebrado la víspera. ¿Y en dónde está el interés de que habláis? diréis para vosotros, lectores míos. Pues en todo está; en esta falta de interés artístico, estético; ese es el interés de la catedral de Baltimore.

¡Ah! Monseñor, vuestro templo católico es un templo puritano; San Agustín y otros santos obispos vuestros predecesores, no más santos quizás que vos, ¡oh! augusto apóstol de la religión de los humildes y de los puros, os asisten en la celebración de los sagrados ritos con sus sombras y en el desempeño de vuestra misión con sus ejemplos; pero allá, en el ángulo más oscuro de vuestra basílica, lee su biblia Juan Calvino. Vuestro templo nada valdría ni en Italia, ni en España, ni en México. Los instintos de esas razas que viven en la voluptuosidad perenne de la luz, del color y del relieve, no se avendrían con vuestra plástica religiosa, Monseñor. Pero los hermanos de los protestantes y los que en vuestro país conviven con ellos, esos sí; para ellos está hecha esta iglesia, de ellos viene la austeridad simple y grave que aquí se ve; vos, Monseñor, creéis como católico, pero sentís como protestante; y teñís vuestros ritos del color melancólico y noble de vuestro sentimiento. Se ve que aquí triunfa la música, que es la voluptuosidad subjetiva, la que mejor comprenden y gustan los hombres de vuestro medio ¿no es verdad, Monseñor? Aquí la voz del órgano y el canto de los niños, que es la música del sentimiento religioso, se funden en una salmodia sublime y pura, la que creían oír en el cielo los profetas hebreos, los autores de los Apocalipsis, no el profeta italiano Alighieri . . . Monseñor, ¿nunca ha resonado en vuestros magníficos órganos, aun cuando haya sido con letra latina, el salmo divinamente bíblico de Martín Lutero?

Baltimore es una de las pocas ciudades americanas hechas para ser paseadas no sólo para nuestra sorpresa, sino para nuestro encanto. Instalados en nuestro cómodo landó, bajamos á lo largo de las principales calles, muy animadas ahora, de esa simpática ciudad. Vimos muchas escuelas; por todas partes escuelas é iglesias, algunas de bien bonito aspecto; no hay que olvidar que Baltimore fundada por un lord católico, es una de las capitales del catolicismo en los países anglo-americanos. Vimos la Casa de la Ciudad, notable edificio municipal, y por desgracia no vimos ni el instituto Peabody, ni el hospital Hopkins, uno de los primeros del mundo, ¡ay! ni la Universidad que lleva este mismo gran nombre de Hopkins, venerado por cuantos amen el progreso intelectual.

El puerto ó los puertos están admirablemente dispuestos para hacer de Baltimore en el fondo de la bahía magnífica y succulenta de Chesapeake, uno de los mejores abrigos marítimos de las costas del Atlántico. Visitamos en una de las dársenas un vapor que iba á salir para New-York, tan coqueto y bien dispuesto, que por poco tomamos pasaje en él. En la boca de la bahía está el famoso fuerte Henry, heroicamente defendido en 1814 contra los ingleses, defensa que dió motivo á la erección de un monumento militar que está en la ciudad y que no me hizo feliz, y á la composición del gran himno *Star splanged banner*, que cuantos en estos meses hayan asistido á los *meetings* de simpatía por Cuba, habrán escuchado cantar.

Tomamos de nuevo asiento en el carruaje y subimos por el *Riverside Park* á la parte más densa de la ciudad, en donde hierve materialmente la población mercantil y navegadora, y en donde nuestra negligente actitud de desocupados, hacía cierta impresión. Decidimos hacer votos (ya que no podíamos dárselos), por un Mr. Masson, postulado en enormes lienzos que colgaban de las cornisas altas al través de las calles, para gobernador de *Maryland*; pasamos frente á la altísima columna austera, ele-

vada en honor de Washington, y ya á buen trote entramos en la ciudad del gran tono: una avenida bordada de deliciosas casas, no tan lujosas, pero sí tan elegantes como las de la *quinta avenida*, y en la cual dos ó tres sinagogas indican que es aquel un barrio de opulentos y de ahitos.

Por la suave pendiente llegamos á un lago extenso y bien rizado por la brisa en menudas olas de seda azul y oro, circundado por una cintura de blanca y fina arena que acotan las *platabandas* de grama lustrosa y los árboles de un bosque soberbio que desde allí parecía inmenso. Desde el terraplén (ó terraza como diríamos á la inglesa los mexicanos), que borda la orilla del lago que mira á la ciudad, la vista es sorprendente. Toda erizada de campanarios, la ciudad descende hasta las orillas del Patapsco envuelta en sutilísimo vaho color de rosa, que el perezoso sol no ha prendido bien esta mañana en su malla de fuego, para trasladarlo al cielo en forma de nubecilla blanca. Surgen, entre los ángulos incesantemente quebrados por la dirección irregular de las calles, masas monumentales de colores sombríos ó brillantes, pero no grises, con ese amarillento gris muerto que da á nuestra México, visto á quinientos metros de altura, el aspecto de un bloque de *tepetate* roto en pedazos regulares.

¡Estos parques americanos! ¡qué envidia! El que recorriamos lentamente, como quienes no quisieran salir de ahí nunca, es una porción de la cintura boscosa que rodea la parte alta de Baltimore y se llama el *Druid-hill-park*. El bosque estaba vestido con el riquísimo traje de otoño, con que aquí se aderezan los árboles antes de encerrarse en sus camarines de cristal, para dormir el sueño de invierno. Como van las señoras á los grandes saraos de la estación fría, así estos árboles opulentos parecían cubiertos de sedas, terciopelos y áureos brocados; una que otra mancha de musgo envolvía de felpa verde á un tronco plateado. Todo era matiz, medio color, tintas suaves, rojas, amarillentas; sobre el cielo, color de turquesa enferma, se destacaban dolorosamente las ramas sanguíneas de los álamos, mostrando ya sin

hojas sus nervios de coral vivo, trémulos aún y susurrantes. El fondo de todo esto era una tinta azulina, translúcida, frecuentemente velada por girones de encaje níveo, como algunos cielos de las acuarelas encantadoras de Ramos Martínez.

Por aquellas interminables naves de árboles corrían familias enteras en bicicleta; una vimos compuesta de la abuela, la mamá, las tías y cuatro muchachas que pedaleaban con una agilidad capaz de dar envidia á los Sarre, los Pastor ó los Zaldívar. Las mujeres de Baltimore tienen fama de hermosas; previo un examen cuidadoso de las que pudimos ver en el *Druid Park*, declaramos que esa fama era muy merecida.

Esa misma noche hablábamos de todo ello en nuestro hotel neo-yorquino.



ARTE

Escenario.—Un ascensor de nogal con reja dorada, espejo, sofá, alfombras, lámpara; va á subir.—*Personas:* Un cubano méxico-yankee; tres primos (nosotros); el conductor, personaje mudo.

El Cub-mexi-yank.—¿Pero ustedes no han ido al museo metropolitano? . . .

Efectivamente no habíamos ido.—El conductor cierra la puerta, toca un botón eléctrico . . .

Nosotros á una.—No. (El ascensor parte.)

El C. M. Y.—Pues pasado mañana se cierra.

Nosotros.—Iremos mañana (llegamos á nuestro tercer piso), iremos (salimos del ascensor con profunda emoción).—Estábamos á punto de no visitar el Metropolitano. (¡Horror!) Gracias, amigo, gracias; sin usted . . .

El C. M. Y.—Hay riquísimas colecciones de arte aquí, en Boston, Filadelfia, en Chicago mismo. Los yankees han encarado prodigiosamente el artefacto artístico (perdonen ustedes) pagándolo con el equivalente en oro de sus insolentes vanidades de advenedizos. Para estos hombres lo mejor es lo más caro, y